

el mar? Una playa ó una duna y una gran línea azul ó verde muy antipática. ¿Qué es el Rhin? Una corriente de agua, una roca y una ruina; luego más agua, otra roca y otra ruina; y así sucesivamente desde Maguncia á Colonia. ¿Qué es una catedral? Un chapitel, unas ojivas, unas vidrieras y unos arbotantes. ¿Qué es un bosque? Árboles y más árboles. ¿Qué es una garganta? Un torrente entre dos montañas. «¡Siempre lo mismo!»

¡Valientes imbéciles que no imaginan el papel inmenso que representan el detalle y el matiz! En la naturaleza, es la vida; en el arte, es el estilo. ¡Soberbios y desdeñosos tontos, que no saben que el aire, el sol, el cielo gris ó sereno, el vendabal, el accidente de luz, el reflejo, la estación, la fantasía de Dios, la fantasía del poeta, la fantasía del paisaje, son mundos! El mismo motivo dan la bahía de Constantinopla, la bahía de Nápoles y la bahía de Río Janeiro. El mismo esqueleto da Venus y la Virgen. Toda la creación, en efecto, ese espectáculo múltiple, variado, deslumbrador y melancólico, que todos los pensadores estudian desde Platón, que todos los poetas contemplan desde Homero, puede reducirse á dos cosas: verde y azul. Sí; pero Dios es el pintor. Con este verde ha hecho la tierra; con este azul ha hecho el cielo.

La garganta de Tolosa, pues, es una garganta como todas las gargantas, «siempre lo mismo», un torrente entre dos montañas; pero ese torrente exhala un grito tan horrible, esas montañas tienen actitudes tan altivas, que al penetrar en ellas el hombre se siente débil y pequeño. Un bosque mézclase con las rocas, y hay anchos lienzos de roca viva que bajan de las más altas cimas sembradas de grandes encinas casi inexplicables. Se ve el árbol, se ve la peña, y uno se pregunta dónde están las raíces y de qué viven.

Como en todas las cosas terribles que produce la naturaleza, hay rincones deliciosos, céspedes, arroyuelos separados del torrente que murmuran á su lado con ese dulce gorjeo que deben expresar los aguiluchos en el nido del águila, hierbas llenas de flores y de perfumes, mil graciosos sitios donde descansar los ojos y el pensamiento. Sólo el hombre quédase taciturno. Los campesinos que pasan tienen ademán soñador; no se ven aldeas; aquí y allá altas casas de piedra agujereadas por tres ó cuatro ventanas que han parecido demasiado grandes, pues han sido tapiadas por la mitad.

En este país, me veo precisado á repetirlo, la ventana no es tal ventana; es una aspillera. La casa no es tal casa, sino una fortaleza. A cada paso, una ruina. Y es que todas las guerras civiles de Navarra, de cuatro siglos á esta parte, han rodado por la hondonada confundidas con el torrente. Es que esta agua blanca de espuma, ha sido muchas veces enrojecida por la sangre. Tal vez por eso aúlla con tanta tristeza el torrente. Y por eso también seguramente sueña el hombre.

Una alta montaña, una gran subida, en estilo de viajero; una mala cuesta, en lenguaje de postillón, corta en dos esa garganta. La carretera, que, aparte todo, es muy bonita, se tuerce y se repliega al lado del precipicio con espantosas revueltas. Añadieron dos bueyes á nuestras ocho mulas, y la diligencia, remolcada por ese inmenso tiro, subía al paso. A mitad de la ascensión, un gran mojón de piedra os indica que estáis á seis leguas de Pamplona. Las montañas forman al rededor del precipicio admirables amontonamientos. Algunos segadores, grandes como hormigas, siegan el trigo en el abismo.

Yo había bajado del coche, y andando, andando, entre el ruido de las cadenas de los bueyes y de las



mulas, cogí un ramito de flores campestres. Encontré un mendigo y le di un real. Luego, en lo más alto de la montaña, encontré una pequeña cascada, y arrojé en ella el ramito. Hay que dar también limosna á las náyades.

Allí, subí otra vez al imperial, y desengancharon los bueyes. En aquel momento las seis mulas delanteras, sintiéndose libres, partieron al galope. El mayoral, el postillón y el zagal, corrieron tras de las mulas echando ternos y dejando allí el coche. La diligencia estaba todavía en un plano excesivamente inclinado. Las dos mulas del timón, que habían quedado solas á aguantarla, no tuvieron fuerzas suficientes; cedieron, y el coche se puso á rodar lentamente hacia el precipicio. Los asustados viajeros llamaban á los conductores, que no les oían. Ya la rueda trasera estaba á pocas pulgadas de la vertiente, cuando el mendigo, un pobre viejo encorvado y casi paralítico, se acercó y empujó una piedra con el pie. Esto bastó. La piedra hizo obstáculo á la rueda y el coche se detuvo.

Junto á mí, en la banqueta, había un cura. Se persignó y me dijo:—Dios acaba de salvar á veinte personas.—Yo le respondí:—Con un guijarro y un anciano.

Los conductores trajeron las mulas que estaban ya lejos.

Una hora después, desembocábamos entre dos enormes promontorios, que son las últimas torres que por aquel lado tiene la montaña, sobre la llanura de Pamplona.

Pamplona es una ciudad que da mucho más de lo que promete. De lejos nos hace menear la cabeza con desencanto, pues no aparece ninguna silueta monumental; pero cuando se está en la ciudad, la

impresión cambia. En las calles encontráis á cada paso cosas que os interesan; en las murallas quedáis embelesado.

La situación es admirable. La naturaleza ha construido un llano redondo como un circo y lo ha rodeado de montañas; en el centro del llano, el hombre ha construido una ciudad. Es Pamplona.

Ciudad vascona, según unos, con el nombre antiguo de Pompelón; ciudad romana, según otros, con Pompeyo por fundador. Pamplona es hoy la ciudad navarra de la cual la casa de Evreux ha hecho una ciudad gótica, de la que la casa de Austria ha hecho una ciudad castellana, y de la que el sol hace casi una ciudad oriental.

En torno suyo son calvas las montañas, seca la llanura. Un bonito riachuelo, el Arga, da savia á algunos álamos. Las suaves ondulaciones que van del llano á la montaña, están cubiertas de fábricas de Poussin. No es ya sólo una gran llanura, sino un gran paisaje.

Vista de cerca, la ciudad tiene el mismo carácter. Las calles de casas negras adornadas de pinturas, de balcones, de flotantes cortinas, son en conjunto risueñas y severas.

Una magnífica torre cuadrada de ladrillo sin revoque, de línea simple y austera, domina el paseo plantado de árboles. Es el siglo XIII modificado por el gusto árabe, como lo está en Alemania y en Lombardía por el gusto bizantino. Una puerta estilo Felipe IV decora ricamente la parte inferior de esa torre, que tal vez aparecería sobrado desnuda sin aquélla. Esa puerta, que nada tiene de llamativo ni de excesivo, fué añadida allí con fortuna. Participa ya del barroco, perteneciendo todavía al renacimiento.

Por lo demás, el barroco español es un barroco



atrasado como todo lo que produce España; copia al siglo xvi, y conserva en el xvii y hasta en el xviii la pequeñez de las columnas y el complicado corte de los frontones, una gracia especial del estilo Enrique II. Esas formas del renacimiento, mezcladas con las achicorias y las rocallas, dan al barroco castellano no sé qué originalidad que se compone de nobleza y de capricho.

Esa magnífica torre es un campanario. La antigua iglesia á la que estaba adherida, desapareció. ¿Quién la ha destruido? ¿Habrá sido incendiada en uno de los inmensos sitios que ha sostenido Pamplona?

Me estaba diciendo esto, y un ángulo del campanario, donde hay una profunda brecha que parece abierta por las bombas, confirmaba en mi espíritu esa conjetura. No obstante, empujé una puerta al pie de la torre y entré en una horrible iglesia, huérfana de buen gusto, en el estilo más feo y más pobre, semejante al de la Magdalena y al del cuerpo de guardia del bulevar del Temple. Esto me dejó perplejo. ¿Sería posible que para construir esta necedad decorada de triglifos y archivoltas hubiesen destruido la antigua iglesia semirrománica y semimorisca del siglo xiii?

La «buena escuela», ¡ay!, ha penetrado hasta en España, y esta proeza sería digna de ella. Ha desfigurado ella más las viejas ciudades que todos los sitios y todos los incendios. Preferiría para un monumento una granizada de bombas que un arquitecto de la buena escuela. ¡Por compasión, bombardead los edificios antiguos, pero no los restauréis! La bomba sólo es brutal; los constructores clásicos son estúpidos. Nuestras venerables catedrales desafían valerosamente los obuses, las granadas, las balas enramadas y los cohetes á la congreve; y tiemblan hasta sus cimientos ante el señor Fontaine. Al menos los cohetes, las ba-

las, las granadas y los obuses no esculpen capiteles corintios, ni abren canalizaciones, ni hacen entreabrir al rededor de un arco en plena cintra románica algunos ovarios tallados de nuevo. San Dionisio acaba de ser restaurado y ya no es San Dionisio; el Partenón ha sido bombardeado y es todavía el Partenón.

Las casas, casi todas construídas de ladrillos amarillos, los tejados obtusos de tejas acanaladas, el polvo que se cierne en el aire, las llanuras rojas y las montañas áridas que circuyen el horizonte, dan á Pamplona no sé qué aspecto terroso que entristecé la vista en el primer momento; mas, como os decía, en la ciudad todo la regocija. Esa fantástica afición á los adornos, propia de los pueblos meridionales, toma su desquite en la fachada delantera de todas las casas. El abigarramiento de las cortinas, lo risueño de los frescos, los grupos de mujeres bonitas semiasomadas á la calle y hablando por señas de uno á otro balcón, la variada y caprichosa exposición de las tiendas, el alegre rumor y la perpetua circulación de las calles tienen un no sé qué de vivaracho y de luminoso.

A cada instante se revela ese gusto á la vez salvaje y elegante propio de las naciones semicivilizadas. Ya es un pozo ordinario cuyo brocal de piedra apenas tallada sostiene seis columnitas de mármol blanco coronadas por una cúpula que sirve de pedestal á la estatua de un santo; ya una muñeca que representa la Virgen rodeada de pinturas, cargada de chucherías, de oropeles, de lentejuelas, instalada debajo un dosel de damasco encarnado, al extremo de un paseo de arcos enjabelgados.

Ese gusto, que se imprime en la decoración y mueblaje de las iglesias, las llena de gracia y de luz. Como la arquitectura exterior de los monumentos es en Pamplona muy austera, la arquitectura interior



evita sobre todo el ser fastidiosa. Por mi parte, se lo agradezco; y en mi sentir el mayor mérito del arte rocalloso y achicoriado, lo que le debe hacer perdonar todos sus vicios, es el continuo esfuerzo que hace para gustar y distraer.

Dejando aparte la catedral, de que os hablaré luego, las iglesias de Pamplona, aunque de vieja construcción casi todas, han conservado pocas huellas de su origen gótico. No obstante, he observado en una de ellas, en medio de una alta pared, encima de una puerta, un bajo relieve del siglo XIV que representa á un caballero que parte para la cruzada. El hombre y el caballo desaparecen bajo su armadura de guerra. El caballero, fieramente cubierto con el morrión, ostentando la cruz en el escudo, espolea á su caballo que apresura el paso y sigue adelante. Detrás del barrón, sobre una colina, divisase un castillo de torres almenadas, cuyo rastrillo está levantado todavía, cuya puerta está aún abierta, y del que acaba de salir y donde tal vez no vuelva á entrar. Encima del castillo hay una gran nube que se entreabre y deja pasar una mano, mano todopoderosa y fatal, cuyo dedo extendido indica al caballero el camino y su objeto. El caballero vuelve la espalda á aquella mano y no la ve, pero adivínase que la siente. Ella le impele, ella le conduce. Hay en todo esto un cierto misterio y grandeza. Me pareció que revivía, ruda y soberbiamente tallado en el granito, el hermoso romance castellano que empieza así:—«Bernardo, con la lanza en puño, sigue corriendo las orillas del Arlanza. ¡Partió el español gallardo, valiente y determinado!»

Todas las iglesias tienen un altar dedicado á San Saturnino, que fué el primer apóstol de Pamplona, y otro altar á San Fermín, que fué su primer obispo. Pamplona es la ciudad cristiana más antigua de España, y hace de ello objeto de vanidad, si vanidad

puede caber en esas cosas. Los nombres de Fermín y Saturnino no están únicamente en todas las iglesias, sino también en todas las tiendas. A cada paso se lee: SATURNINO, ROPERO.—FERMÍN, SASTRE.

No me acuerdo en qué calle hay una puerta de palacio que me impresionó. Figuraos una extensa archivolta en torno de la cual se agarran, trepan y se retuercen, como una vegetación de piedra, todos los más extraños tulipanes y todos los más extravagantes lotos que el barroco mezcla con las conchas y las volutas; ahora haced salir de esos lotos y de esos tulipanes, en lugar de escamosas sirenas y de desnudas náyades, unos timbaleros cubiertos con tricornios y bigotudos alabarderos, vestidos como los infantes del caballero de Folard; añadid á esto rocallas y guirnaldas, en medio de las cuales algunos artilleros cargan las piezas, y arabescos que llevan á la extremidad de sus tijeretas tambores, bayonetas y granadas que estallan; poned á ese conjunto el estilo algo redondo y pesado, pero muy flexible, del tiempo de Carlos II, y tendréis una idea del pequeño poema militar y pastoral esculpido en aquella puerta. Es una égloga adornada con balas de cañón.

El primer objeto que se busca con la mirada, la primera vez que se ve una ciudad en el horizonte, es la catedral. Al llegar á Pamplona había visto de lejos, hacia la extremidad oriental de la ciudad, dos abominables campanarios del tiempo de Carlos III, época que corresponde á nuestro peor Luis XV. Esos dos campanarios, que tienen la pretensión de ser chapiteles, son iguales. Si os importa figuraros uno de esos chapiteles, imaginad cuatro grandes sacacorchos que sostienen no se sabe qué ventruda y turgente vejiga, coronada por uno de esos clásicos botes, vulgarmente llamados urnas, que tienen el aspecto de haber nacido



del matrimonio de un ánfora y una jarra. Todo esto en piedra. Yo estaba indignado.

—¡Cómo!, decía, ¡esto es lo que han hecho de esta catedral casi románica de Pamplona que ha visto erigirse la ciudadela de Felipe II, que ha visto un arcabuz francés herir á Ignacio de Loyola, y que Carlos de Evreux, rey de Navarra, había encontrado tan bella que quiso poner en ella su tumba!

Estuve tentado de no ir. Sin embargo, llegado á Pamplona y divisando al extremo de una calle la cara compasiva de los dos campanarios, me asaltaron algunos escrúpulos y me dirigí hacia la portada.

Vistos de cerca, son peores todavía. Las dos excrecencias talladas en forma de tronchos de col y decoradas con el nombre de chapiteles que acabo de describiros, están sostenidas por una columnata, á la que no acierto á comparar otra cosa que la columnata de San Dionisio del Santo Sacramento en nuestra calle de San Luis, en París. Y esas necedades se dan en las escuelas por arte griego y romano. ¡Oh, amigo mío, qué feo es lo feo cuando tiene pretensión de ser bello!

He retrocedido ante esa arquitectura, é iba á dejar plantada la iglesia, cuando, al volver á la izquierda, divisé detrás de la fachada las altas paredes negras, las ojivas con flamígeros calados, los delicados pináculos, y los robustos contrafuertes de la venerable catedral de Pamplona. Y reconocí la iglesia que había soñado.

Permanece allí, como si estuviese sufriendo no sé qué castigo, escondida, sombría, triste, humillada, detrás de la odiosa portada con que el «buen gusto» la ha encubierto. ¡Qué horrible máscara aquella fachada! ¡Qué bonete de asno aquellos dos campanarios!

Reconciliado y satisfecho, entré en el edificio por

una puerta lateral del siglo xv, simple, poco ornamentada, pero elegante. Las puertas están sembradas de clavos y de flores de lis, y el llamador de hierro, compuesto de dragones que se muerden, tiene hermosa forma bizantina.

El interior de la iglesia me arrebató. Es gótico con magníficas vidrieras.

Ha poco os hablaba de la puerta de un palacio que es un bonito poemita. La catedral de Pamplona es también un poema, pero un poema grande y hermoso; y puesto que he sido arrastrado á esa asimilación que nace tan espontáneamente de las cosas de la arquitectura y de las cosas de la poesía, permitidme que añada que ese poema es en cuatro cantos que yo intitularía: el altar mayor, el coro, el claustro, la sacristía.

Cuando entré en la catedral eran poco más de las cinco de la mañana. Acababan de abrirla y estaba aún desierta y oscura. Los primeros rayos del sol levante atravesaban horizontalmente los ventanales de la alta nave y lanzaban de una á otra ojiva grandes vigas de oro que se cortaban netamente sobre el fondo sombrío y resplandecían en la tenebrosa iglesia. Un sacerdote viejo y encorvado decía la primera misa en el altar mayor.

El altar mayor, alumbrado apenas por algunos cirios, rodeado en parte por un flotante muro de tapicerías y cortinajes que se enlazaban con los pilares del ábside é interceptaban la luz, parecía, en aquella bruma que le estaba envolviendo, un montón de pedrerías. Al rededor se levantaban toda clase de relucientes muebles, como únicamente se ven en las iglesias españolas, credencias, órganos portátiles, arcas, armarios forrados de piel con cajoncitos. En el fondo, detrás de los ramos de lirios, por encima del altar, en medio de una especie de gloria que proba-



blemente no era más que madera dorada, pero á la cual la hora y el lugar daban una extraña majestad, entre las brillantes paredes de un armario de oro con ambas puertas abiertas de par en par, resplandecía una imagen de la Madre de Dios, con la corona imperial en la cabeza y el niño Jesús en brazos. Yo entreveía todo esto por entre una maravillosa verja de hierro del tiempo de Juana la Loca, labrada por los mágicos cinceladores del siglo xv, cargada de flores, arabescos y figuras. Aquella verja, de más de veinte pies de altura y á la que se asciende mediante una escalera de varios peldaños, cierra el santuario por el único lado donde puede penetrar la mirada.

Nada tan conmovedor, en esa hora sagrada y sublime de la mañana, como aquel hombre de cabello blanco, solo en medio de la espaciosa iglesia, cubierto de espléndidas vestiduras, hablando en voz baja, hojeando un libro y haciendo una cosa misteriosa en aquel lugar magnífico, obscuro, silencioso y velado. Aquella misa se decía para Dios, para la inmensidad, y para una vieja que la oía, acurrucada detrás de un pilar á pocos pasos de mí.

Todo aquello era grande. La vieja iglesia, el sacerdote viejo y la mujer vieja parecía que formaban una especie de trinidad y un solo individuo. Los dos sexos y el edificio, constituían un símbolo al que nada faltaba. El cura había sido fuerte y estaba abatido; la mujer había sido hermosa y estaba ajada; el edificio había sido completo y estaba mutilado. El hombre envejecido en su carne y en sus obras adorando á Dios en presencia de aquel sol deslumbrador que nada enfría, que nada apaga, que nada arruga, que nada altera, decid: ¿no os parece que era grande?

Yo estaba conmovido hasta el fondo de mi corazón. Ninguna idea discordante salía de aquel melancólico contraste; por el contrario, sentía que

emanaba de él una inexplicable unidad. Ciertamente; no hay más que un misterio muy insondable y muy profundo que pueda unir de esa suerte en íntima y religiosa armonía la incurable decrepitud de la criatura y la eterna juventud de la creación.

Terminada la misa, volví la cabeza y vi el coro, que en las iglesias del norte de España está situado frente al altar mayor.

El coro de la catedral de Pamplona, alta y sombría obra de carpintería del siglo xvi, se compone de dos filas de sitials que ocupan los tres lados de un cuadrilongo, mientras llena y cierra el cuarto una verja de hierro, magnífica labor de cerrajería de la misma época. Detrás de cada escaño está esculpido en relieve uno de los santos de la liturgia. Toda la madera está tallada por el flexible y espiritual cincel del renacimiento. En medio del lado menor del cuadrilongo que da frente á la verja, y, de consiguiente, al altar, se levanta el trono del obispo, coronado por un delicioso pináculo calado. El actual obispo de Pamplona, que andaba poco de acuerdo con Espartero, se halla en este momento en Francia, en Pau, según creo, donde se refugió hace dos años.

Yo estaba cansado de haber viajado toda la madrugada y me senté en aquel trono vacante. ¡Un trono! ¿No os parece singularmente escogido aquel lugar de descanso? No obstante, así lo hice. El libro de coro del obispo estaba abierto delante de mí en su pupitre. Lo abrí. Estaba rasgado casi página por página.

La verja del coro, en la que revolotean algunos ángeles y se retuercen algunas culebras como entre mágico follaje, da frente á la verja del altar mayor. El arte del siglo xv y el arte del xvi se hallan cara á cara, ambos con sus caracteres más distintivos y más opuestos; el uno es más delicado, el otro más copioso; no se sabe cuál es el más agradable.